

Nada nos queda debiendo la poesía de María Mercedes Carranza

María Mercedes Carranza.

***Poesía reunida [& 19
poemas en su nombre]***

VARIOS AUTORES

Letra a Letra, Bogotá, 2013, 199 págs.

EN 2013 se recordó la muerte de María Mercedes Carranza (Bogotá, 1945-2003) ocurrida hacía diez años, y como un homenaje a la poetisa la editorial Letra a Letra, que dirige Luz Eugenia Sierra en Bogotá, publicó el libro *Poesía reunida [& 19 poemas en su nombre]* que consiste en, justamente, la reunión de todos los textos de Carranza, más diecinueve poemas escritos por diversos poetas, colombianos y extranjeros, alusivos a quien también fuera directora de la Casa Silva de Poesía desde 1986 hasta el día de su muerte, el 11 de julio de 2003 (se suicidó en la noche de ese día, después de una jornada más de trabajo). Varios poetas escribieron su poema para la edición conmemorativa, y otros habían redactado sus textos en fechas anteriores como un gesto de amistad, de gratitud o de admiración. Algunos, incluso, como Leopoldo Panero (España), Eduardo Cote Lamus (Colombia) y José Agustín Goytisolo (España), habían muerto cuando murió la poetisa.

La edición, además de reunir todos los poemas de la autora, incluye “Los placeres verdaderos”, una sección con cinco poemas póstumos. Los libros de poemas de María Mercedes Carranza son: *Vainas y otros poemas* (1972), *Tengo miedo* (1982), *Hola, soledad* (1987), *Maneras del desamor* (1992) y *El canto de las moscas* (1998). Una obra poética que comenzó con un alto tono de ironía, de irreverencia frente a los asuntos de la vida, de la vida en una ciudad, Bogotá, todavía aletargada, que apenas empezaba a desperezarse y a salir de su provincianismo y sus rutinas en un país atrasado todo y lleno de carencias y de discursos de curas. La poetisa creció en medio de un ámbito de escritores, poetas y periodistas, dada su condición de hija de Eduardo

Carranza (Apiay, 1913-Bogotá, 1985), una de las voces más influyentes de la poesía colombiana en su momento, y amigo de diversas personalidades literarias y políticas, quien desempeñó varios cargos diplomáticos y vivió con su familia en el exterior.

El tono irónico de la poetisa se va tornando, paulatinamente, en un tono amargo con el trasfondo de la muerte y de la burla de todo. Ella aparece de cuerpo entero en su poesía, sin pudor, sin ningún disimulo y sin metáforas. No le teme al yo que se desnuda y que se queja ante el mundo. Pero no es un lamento su poesía, no es un desgarramiento lírico en el cual aparezca ella como una víctima de nada, más que de su propia condición, que asume, por un lado, como la poeta que es, y por el otro, con la fragilidad y la derrota anticipada de casi todo.

Como lo hicieron también varios poetas de su generación, creó con sus poemas una ruptura, amarga y tácita (a veces explícita), con una tradición para la cual lo más importante era el cuidado formal y literario de la obra, el canto a una patria que ya no existía o que, quizás, nunca existió. No busca la belleza de manera deliberada. Su palabra no entra en el poema a cumplir una misión poética, en el sentido formal o trascendente. Más bien su palabra sigue un instinto, el suyo y el de nadie más, que le dicta su condición animal. Sigue solo su propio dictado, sin el cuidado de ir a herir a alguien o de ir a contradecir ninguna tradición. Sus poemas de amor concluyen en desplantes al amor mismo, a la idea acostumbrada del amor feliz. En uno que se llama, precisamente, “Poema de amor” [pág. 43], dice al final, después de describir los momentos de gracia de los cuerpos:

Caemos y caemos como Alicia
en un precipicio sin tocar fondo.
Y como Alicia nos detenemos de
repente:

ese tenso, inmóvil instante.
El espejo se rompe
cuando oigo su voz que me dice:
“Qué bien lo hemos pasado, mi
amor”.

Pienso entonces que debo
ocuparme ya
de encender las luces de la casa.

Se ríe, qué duda cabe, de los finales

felices. Sin duda en el poema, pero también en la realidad. En “El paraíso” [pág. 89] no es la risa burlona, sino la tristeza (que tanto estaba con ella) la que concluye la faena:

En sus nubes de azúcar [del
paraíso]
no ocurren las noches de zozobra
a la espera de un gesto de ternura
.....
Salí contigo del paraíso
para jugar el largo, el triste juego
del amor.

Y luego en “Si quiere amor que siga sus antojos” [pág. 91] dice que lo ha olvidado todo: los nombres, los olores, los sonidos, las voces, las palabras, las calles: “He borrado mi historia de 40 años. / Te amo”. Al final, como se ve, asesta la hiel, que no es otra cosa que la verdad, así se trate del amor mismo. En otro “Poema de amor” [pág. 52] una mujer vuelve a su casa, se saca de encima

la cartera y la sonrisa;
se deshace de las caras que ese día
ha visto
.....

Y se desviste como para poder
tocar
toda la tristeza que está en su carne.
.....

se busca, casi como un animal se
olfatea,
se inclina sobre ella y se acecha;
.....
separa las rodillas y como una loba
se devora.

Afuera el viento, el olor metálico de
la calle.

Aquí la ironía (¿la rabia?) se vierte sobre el título. Ningún lector puede esperarse ese poema cuando al principio leyó ese título. Es probable, también, que el sentimiento de Carranza no sea tanto la ironía o la risa burlona de casi todo. Es muy posible que sea lo que dice que es Ernesto Volkening en un corto, bello y lúcido ensayo sobre la poesía de María Mercedes Carranza publicado en octubre de 1972 en la revista *Eco* núm. 150 (Bogotá), y que tituló “Sobre la paja”. En él dice que “en la poesía de Carranza hay algo de esa tristeza que se ríe”. No hay, en efecto, en la poesía colombiana, una voz que asuma de esa manera la vida, la patria, las costumbres, la felicidad,

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>el amor, la muerte incluso. Ni siquiera al lector lo complace con ninguna dádiva. Más bien a menudo lo interpela para recordarle que no es dulce la vida y que la poesía tampoco es ninguna salvación ni hay que ir a ella para justificarse de nada:</p> <p>MON SEMBLABLE Lector de estos versos: sé que vas a leerlos porque esperas que te digan aquello que quieres oír y nada más.</p> <p>Tal vez esa palabra irrevocable que te ponga ante los ojos una cara que ahora es ceniza. Tal vez esa palabra ajena que te diga igual que aquellas con las que ardiste en otro tiempo. Pero no las hallarás aquí: también las he perdido para siempre. Yacen ya entre la tumba que me espera.</p> <p>[pág. 111]</p> <p>La dureza de un final así es el grano mismo de su voz, es la esencia del ser que fue ella. Aunque el lector no la hubiera conocido en su intimidad ni en su cotidianidad, puede decir lo anterior perfectamente, porque es en la poesía, en sus textos, donde ella está en realidad. Una verdad de a puño es que el artista existe en su obra de manera más fiel que en cualquier otro aspecto de su vida.</p> <p>El último libro publicado por María Mercedes Carranza se llama <i>El canto de las moscas</i>, que escribió entre 1997 y 1998. A continuación del título aparece: “(Versión de los acontecimientos)”, una frase quizá tan importante como el encabezado mismo. El poemario se trata de textos muy breves que recogen en una sola pincelada toda la tragedia de la violencia por distintos campos colombianos; por ello el canto no es de musas ni de ángeles ni de pájaros, sino de moscas. Es decir, es el zumbido de las moscas sobre los cadáveres, y lo que ella escribe no es la versión acostumbrada de la prensa (justificativa, mentirosa, acomodada, ambigua o llena de miedo), sino la certera e inequívoca versión de quien ve mucho más y necesita para decirlo mucho menos:</p>	<p>Canto I NECOCLÍ Quizás el próximo instante de noche tarde o mañana en Necoclí se oirá nada más el canto de las moscas.</p> <p>[pág. 125]</p> <p>Diré también, como otros, que, paradójicamente y contrastando con el dolor y la miseria de la muerte violenta y vil en estos sitios, sus nombres son bellos, sonoros y plácidos: Necoclí, Dabeiba, Encimadas, Amaime, Pájaro, Uribia, Caldon, Pore, Paujil, Ituango, Miraflores, Cumbal... La poeta no quiere ser reiterativa ni extenderse en un tema que copa casi todas las conversaciones y los titulares y las noticias en Colombia, como es la violencia brutal y resabiada. Tampoco quiere callarse porque no era su condición, como no se calló para decir que tenía miedo o que el amor era una mentira más, o que fue Turner quien inventó la luz y no Dios, o que el nuestro es un “país usado por un dios borracho”, o que asesinaba por mentirosas algunas palabras que decían lo contrario.</p> <p>Aunque no puede callarse, pues, para decir del dolor y la muerte extendidos por toda Colombia, echa mano de sus textos más breves. Textos que solo en apariencia son lacónicos porque, en realidad, bucean profundo y dicen mucho más que sus tres o cuatro líneas:</p> <p>Canto III TAMBORALES Bajo el siseo sedoso del platanal alguien sueña que vivió.</p> <p>[pág. 127]</p> <p>Después de <i>El canto de las moscas</i> es casi imposible decir algo más contundente y más bellamente expresado acerca de la violencia y la muerte que asolan a Colombia.</p> <p>En el ensayo que ya cité de Volkening, este se refiere a la paja como a uno de los bienes más preciados de los habladores colombianos. Hablar por hablar y hablar para especular es</p>	<p>lo que más nos gusta, qué duda cabe. También dice el escritor que María Mercedes Carranza es quien mejor ha comprendido la degradación de la palabra, que “belicosa es María Mercedes Carranza, pero de una belicosidad en la que pudorosamente se arroja el alma vulnerable y sensitiva de los poetas desterrados... Bajo sus manos se transforma la paja en medio expresivo, en instrumento poético, y de nuestra depravación extrema sale en el momento menos pensado un reflejo de poesía, como en la evocación de la luz de Turner”. Es, la del ensayista colombo-alemán, una peculiar y muy inteligente manera de ver una poesía hecha desde el principio sin ninguna concesión, sin ningún modelo y, quizás, sin ninguna intención de cambiar el mundo. Pese a lo cual nada nos queda debiendo la poesía de María Mercedes Carranza.</p> <p>Luis Germán Sierra J.</p>